

ECO DEL SEGURO

AÑO. IX.

CIEZA 16 DE NOVIEMBRE DE 1913.

NÚM. 412.

Desde Madrid

Signa el tiempo húmedo y frío. No oesa de llover. Este cielo, mejor que de España, parece, por lo oscuro y lluvioso, cielo de Londres.

Notas de culminante efecto, no hay, aunque mentira parezca, en la presente semana, en la atollondrada Corte.

La política sigue igual de enmarañada y revuelta.

El ministerio que funciona bajo la presidencia del Sr. Dato, cuenta con la hostilidad francamente encubierta, de los elementos que siguen al insigne estadista Sr. Manra.

El Conde de Romanones, mangoneador en estos tinglados, sin base, de las políticas mercantilistas, tiembla ante el temor de que se prorrogue la convocatoria para las elecciones de Diputados a Cortes; y tiembla porque teme que se forme alguna tempestad horrible en el cielo de la política actual, y que la nave que el Sr. Dato capitanea y gobierna sucumba a los golpes del mar. Si tal pasara, diría el Conde: ¡Adios mi dinero y mis esfuerzos de titán!

En el teatro ha habido una nota altamente simpática: La despedida en el teatro de la Comedia, de la genial artista Rosario Pino. Fué acto hermosísimo, lleno de magnificencia, de grandiosidad, de solemne belleza. Lo más saliente, lo más selecto y lo más brillante de Madrid, en las ciencias, en las artes, en la literatura y en la nobleza, se reunió en el lindísimo Teatro de la calle del Príncipe, para testimoniar a la genial e inimitable artista, su admiración y su cariño.

Contribuyeron al esplendor de esta fiesta los Benaventes, los Quintero, los Martínez Sierra y otras personalidades ilustres.

Del grandioso éxito alcanzado, debe estar orgullosísima la Sra. Pino, gloria de la escena española.

**

El día 12, se celebró en la Iglesia de los Jerónimos, un solemne funeral, conmemorando al primer aniversario de la muerte del Excelentísimo Señor Don José Canalejas.

Sin distinción de matiz políticos; asistieron al acto personalidades ilustres. El simpático hijo del insigne político presidió el acto y emocionó, emocionándose él, a la numerosa y distinguida concurrencia que llenaba las espaciosas naves del severo templo, cuando el duelo se despedía estrechando la

mano a aquel niño, enlutado, lívido, entristecido, con razón sobrada y con fundamento bastante.

**

Hoy salen, de incógnito, nuestros Reyes para Viena y París, en el sudexpreso. Durará el viaje según los bien enterados, unas tres semanas. La razón de este viaje se ignora, si bien se dice que S. M. Don Alfonso XIII y su augusta esposa se proponen hacer una visita de cortesía al soberano ilustre del primer esta lo que citamos.

**

Nuestro querido amigo y pasaiño, Don Luis González y Rodríguez de Vera, en oposiciones reñidas, ha ganado el puesto de Director del Instituto Bacteriológico de Alicante.

Aunque suponemos que la noticia no es nueva, pues ya debe ser conocida en esa, la damos a título de información a la vez que felicitamos muy de veras al simpático Luis y a su familia.

Nada más por hoy.

R. M.^a CAPDEVILA

SONETOS

A las Juventudes Católicas

¡Adalides de Cristo, portadores,
con la Cruz, del espíritu cristiano,
que, sobrepuestos al respeto humano,
sois de la Iglesia firmes defensores!

De la luz de la fé los resplandores
queréis que brillen en el suelo hispano;
de la impiedad los planes son en vano
ante vuestros afanes redentores.

Vais inflamados del amor divino
a librar con el mal ruda campaña,
sin temer lo escabroso del camino.

Gloriosa Juventud, salvad a España;
enderozada a su eterno destino
del trigo separando la cizaña!

**

El periodista católico

En el estadio de la Buena Prensa,
y de Dios recibiendo inspiraciones,
vierte al papel sus útiles lecciones,
en que el caudal de su saber condensa.

De la verdad y el bien a la defensa,
cual los más esforzados campeones,
su ideal es nutrir los corazones
con doctrina cernal la más extensa.

Labora por el bien de nuestro suelo;
el error con su pluma asaz condena,
y es la cultura su mayor anhelo.

El movimiento mundanal enfrena,
dirigiendo sus pasos hacia el Cielo,
y con nobleza y fé su misión llena!

J. ANTONIO ARNALDOS
Molina.

II USIÓN

H. J. T. G.

Era una cálida noche de verano. La luna lucía su plateado disco allá en el firmamento, irradiando con la luz de su reflejo los ámbitos de la tierra.

El jardín, decorado con árboles frondosos y numerosas plantas de bellas flores, presentaba un hermoso aspecto. Una ligera y tenue brisa susurraba un dulce murmullo entre las hojas de los árboles meciéndolos lenta y cadenciosamente.

La noche en fin, convidaba a gozar de sus placeres a todos aquellos trasnochadores que, después de un día bochornoso gustan recrearse en un hermoso y perfumado ambiente, dejando volar su pensamiento por las inmensas regiones de lo infinito.

Un joven paseábase lentamente por el jardín. Caminaba pensativo, cabizbajo; sumido en profundas reflexiones.

Como saliendo de esta postración, levantó la cabeza, y mirando al cielo exclamó:—¡Oh! que noche más hermosa! Luego se dirigió a un banco y se sentó.

Por su mente circulaban las más extravagantes y confusas ideas, y embobado en sus pensamientos se fué apoderando poco a poco de su ser un sopor extraño, hasta que por fin, se quedó dormido.

Oyó ruido: un ruido casi imperceptible que al principio creyó ser fantasía de su imaginación; pero no, no era así. El ruido que al principio casi no se advertía, iba acrecentándose por momentos, distinguiéndose claramente que era producido por algún ser que caminaba sobre la tierra.

El joven alzó la cabeza y miró hacia el lado de donde provenía el ruido.

Un estremecimiento voluntario recorrió todo su cuerpo, y en su rostro se pintó el nombre que produce una cosa inesperada y que de momento se nos presenta.

Una silueta de figura humana avanzaba con paso lento y reposado hacia él. Era un figura femenina, pero más bien que mujer parecía un ángel, una criatura celestial, un modelo perfectísimo para hacer una escultura como jamás la concibió ningún artista. Vestía un traje blanco como un sudario, y su negra y sedosa cabellera extendíase ondulante sobre sus blanquísimas espaldas.

Los perfiles de su rostro no podían ser más perfectos, haciendo ver en ella una verdadera divinidad.

Tal era en todo el conjunto arrobador de la nocturna visitante.

—¿Quién eres?, balbuceó él.—¿A qué vienes?... ¡Ah! te reconozco, sí. Tú eres la felicidad, tú eres la sublime criatura que yo adoro, tú eres la celestial imagen que yo venero... Ven, acércate y siéntate a mi lado, que quiero oír las palabras que como música dulce y melodiosa brotan de tu boca.

La encantadora dama, con gesto sonriente se sentó en el banco al lado del joven, y este, al tenerla a su lado le cojió sus blancas y finísimas manos cubriéndolas de apasionados besos.

—¡Oh! cuánta felicidad estar a tu lado. Teniéndote a mi lado y oyendo tus palabras lo olvido todo; para mí las penas no existen; para mí no existe nada más que la dicha. Teniéndote a mi lado me siento embriagado de felicidad y de amor y no soy dueño de mi voluntad: mi voluntad es la tuya, soy tu esclavo un gesto tuyo, una mirada solamente serán una orden para mí que será obedecida al momento.

Mientras decía estas palabras ella había reclinado dulcemente su cabeza sobre los hombros del joven, quien al sentir el suave contacto de aquella angelical criatura, enloquecía de amor.

—Te amo—le decía mientras rodeaba con su brazo el talle de la dama.—Te amo y te adoro. Mira que noche tan hermosa. Los árboles y las flores son los únicos testigos malos de nuestra felicidad. Sallemos nuestra dicha posando nuestros labios el uno sobre el otro, depositando en ellos un beso cada uno, y jurémos amor eterno.

La luna seguía brillando en el firmamento. La suave brisa de algunas horas antes, habíase convertido en un fresco y ligero vientecillo que balanceaba las ramas de los árboles descompasadamente.

El joven seguía sumido en su letargo y no parecía propenso a despertar. ¡Estaba soñando!

Dejémosle nosotros, y no esperemos su despertar, (pues siempre resulta desagradable el desengaño que se sufre cuando se vuelve a la realidad después de un feliz ensueño como el que en aquellos instantes embargaba al joven trasnochador), y mejor será que sólo él sufra esta desagradable sorpresa.

¡Así son todas las ilusiones!

Mientras la ilusión nos tiene cogidos entre sus dulces garras somos felices; pero luego volvemos a la realidad, y pensamos que mejor sería nos tuviera siempre entremetidos con sus alhagadores caricias.

JUAN JIMÉNEZ PÉREZ.

